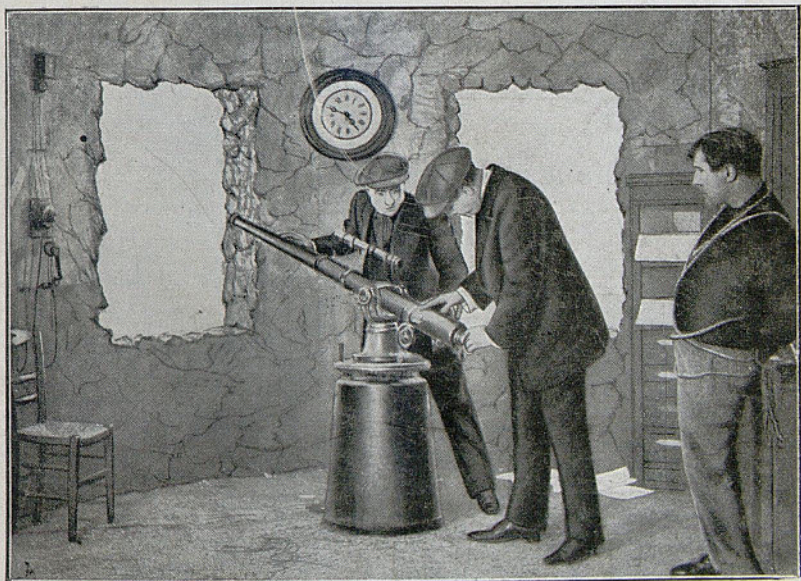


El Secreto



del Cañón

Metraje total 602 metros.— Virajes: 463 metros
Cartel 150 × 110 — Palabra telegráfica: MORPARI



Los dos cómplices, presintiendo algo terrible rebuscaron...

L. Gaumont

66, Paseo de Gracia.-BARCELONA

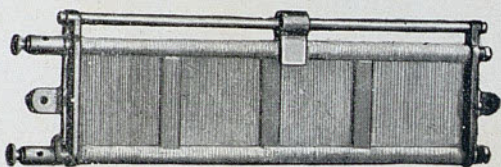
Dirección telegráfica y telefónica

CRONO

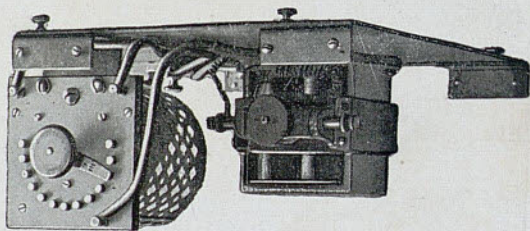
TELÉFONO: 2991

Sucursales: { Madrid, Fúcar, 22 pral. Dirección telegráfica: CRONO Teléfono, 3375
BILBAO, Colón Larreátegui, 15 y 17 Dirección telegráfica: CRONO. Teléf. 1490

Los tipos de resistencia
de velocidad
GAUMONT



Resistencia de velocidad
modelo alargado (de cursor) tipo A
propio para mesa de madera



Platina soporte de partes eléctricas
para mesa metálica, provista de dinamo
con resistencia redonda (de bornes) tipo B

Estas dos resistencias se utilizan indistintamente para di-
namos Tipo A y Tipo B

Variedad del Programa Gaumont n.º 17 D.

Cinematografía en color Gaumont

AMPLIACIÓN

COMEDIA

N.º 4215

MANON

Largo: 244 m. Color: 200 m. Palabra telegráfica: LEOMANA

Palabra telegráfica	N.º de la película	TÍTULO Y ASUNTO	Metraje total	Metros en virajes	Cartel ó Ampliación	Pág.
Serum	4236	Documentaria Una visita al instituto serotográfico de Sao Paulo Brasil	134	110		7
		Panoramica				
Campitali	4232	Campaña italiana.	73	65		9
		Marina				
Embrun	4235	El rocío del mar	133	118		10
		Dramática				
Idilezan	4214	El secreto del cañón	602	463	Cartel	11
		Cómica				
Morpari	4224	El primer idilio de Minutiyo..	315	278	Cartel	23
		Comica				
Oneheri	4231	D. Picorete y la herencia de Calino	307	245	Cartel	28
		Actualidades				
		Gaumont Actualidades n.º 17				
		Cuarto Año				

NOTA.—El metraje indicado para cada película es aproximado.



❖ PROGRAMA 17^º ❖

Cinematografía en color

Gaumont

Comedia

Ampliación

(Visiones de la vida conyugal)

MANON

De vuelta de su viaje de novios Manolo y Amparo fueron a cobijar su tierno querer en un nidito coquetón, que manos diligentes y paternales habían cuajado de divanes espaciosos, de sofás profundos y de otras bagatelas tan mullidas y propicias a los amorosos entretenimientos de dos recién casados.

Diciéndose ternezas y arrullándose como dos palomos transcurrieron varios meses. Ella encontraba bien todo lo que hacía él, él lo que hacía ella.

Mas como es lógico esta armonía paradisiaca no podía durar eternamente y la inevitable nubecilla vino a oscurecer por primera vez el cielo límpido de su dicha una noche en que Manolo propuso a su mujercita ir a la Opera Cómica a ver «Manon». ¡Este nombre le evocaba dulces cosas! Disfrazada de «Manon» en selecta reunión, conoció a la que era hoy su mujer; bajo tal disfraz la divina Amparo encendió en su pecho la llama sagrada del amor.

Con gran sorpresa suya, por la primera vez desde que se conocían, hubo su mujer de objetar en contra de su proyecto.—Mi deseo hubiera sido —díjole con cierto acento de contrariedad— quedarnos en casa esta noche y cenar juntos, a la vera del fuego...

Manolo trató de disuadirla con mimosas palabras. Había comprado ya las localidades y no era cosa de perderlas por un capricho sin fundamento. Amparo, terca, se afirmó en su propósito de quedarse en casa. El volvió a insistir, ya con menos mimo. Ella respondió agriamente y no tardó la discusión en convertirse en enconada disputa.

L. Gaumont

—¡Ea!—dijo al fin Manolo con la mirada centelleante.—¡Iré yo solo!
—¡Haz como quieras!—contestó su mujer encogiéndose de hombros olímpicamente.

Manolo, en el paroxismo de su indignación, púsose el abrigo y el sombrero y salió dando un gran portazo.

Amparo se refugió dentro de su habitación y dió rienda suelta a sus lágrimas.

Media hora después de pasada la borrasca, tanto él como ella lamentaban, afligidos, su terquedad e intransigencia respectiva.



... y contemplándose en el espejo a cada actitud

El, Manolo, lejos de su Amparo se sentía «desamparado» y triste. Sentía haber cedido a su primer movimiento y el espectáculo, sus amigos, todo, aparecíale fastidioso y fúnebre.

Por su lado Amparo, no menos compungida, se remontó en alas de su imaginación hasta la noche en que vió por vez primera a su Manolo, cuando disfrazada de «Manon» hizo tantas envidiosas y atrájose tantos admiradores.

De pronto acudió a su mente una traviesa idea. Aquellas dulces reminiscencias habían disuelto sus rencores como el agua disuelve un azucarillo, y toda huella de tristeza desapareció de su rostro hechicero.

Abrió el armario y fué sacando de él una a una las brillantes galas

L. Gaumont

que llevara en aquella noche memorable. Las admiró complacida y por último, con infinitas precauciones, fuélas poniendo y contemplándose en el espejo a cada actitud. Reservaba al rabiosillo de su marido una agradable sorpresa.

* * *

Manolo no esperó a que concluyera la función. Decidido a hacerse perdonar su mal genio, entró en una pastelería, compró una porción de fiambres y golosinas, y cargado con numerosos paquetes entró en su casa.

Puso la mesa en un instante, adornóla de flores y cuando hubo concluido entró, tímido, en la alcoba de su esposa, para implorarle perdón...

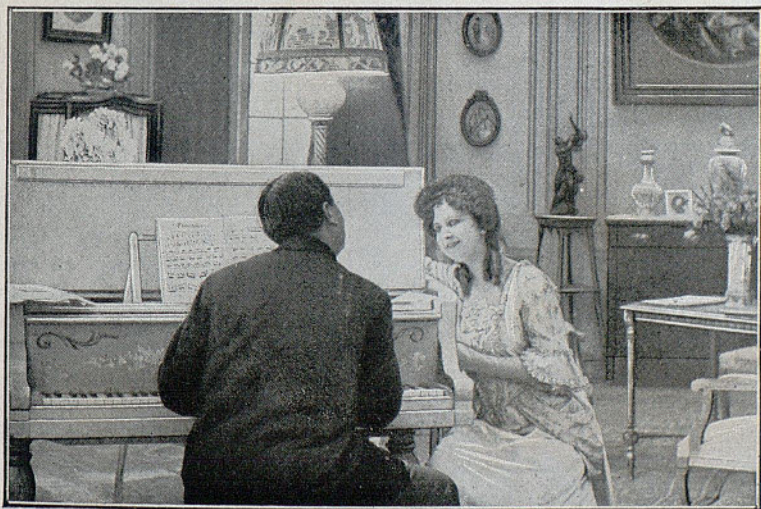
Una divina aparición salióle al paso. Era «Manon» la hechicera «Manon» que iba en busca de su loco amante.

Manolo arrojó un grito de alegría. Sintió impulsos de abrazarla, de apretujarla en sus brazos, frenético, mas ella con un gesto adorable de refinada coquetería le tendió la punta de sus dedos rosados, y en esta forma, cojidos a la antigua usanza, pasaron al comedor.

* * *

La cena de «Manon» fué deliciosa, inolvidable.

Terminada, sentáronse ambos ante el piano y casi confundidos sus



y cantaron hasta muy entrada la noche..

L. Gaumont

alientos cantaron hasta hora muy avanzada de la noche los duos primorosos de la magistral ópera.

A sus expansiones musicales puso término los discretos avisos de un



Cerraron el piano y tiernamente enlazados

inquilino del piso de encima, el cual hallaba sin duda excesiva tanta melodía.

Indudablemente aquel vecino melófono estaba en su derecho. Cerraron el piano, apagaron la luz y tiernamente enlazados se encaminaron a la alcoba, cuyos cortinajes corriéronse tras ellos. Ahora insistir más fuera imperdonable impertinencia...



Algún tiempo después los amigos del matrimonio recibían de éste la siguiente esquela:

MANOLO Y AMPARO
tienen el gusto de participarle el nacimiento de su hija
MANETTE

Y todos, sin exceptuar uno, tuvieron este mismo pensamiento:
—¿Manette? Muy lindo nombre... debe de ser diminutivo de «Manon».



Una visita al Instituto Serotérápico de Sao Paulo (Brasil)



Documentaria

Es para todos un placer verdadero el saber o ver lo que sucede en tierras extrañas. Una permanencia más o menos prolongada en un país cuyos usos y costumbres, clima y otras particularidades difieren esencialmente de lo que nuestros ojos han visto desde la infancia, es fuente inagotable de emociones, de juicios, y de provechos intelectuales, causados por el contraste entre el presente y el pasado.

Nunca se ha desarrollado tanto esta fuente de conocimientos como desde la invención del cinematógrafo, el cual llega a reproducir en la actualidad la vida bajo todas las latitudes con una intensidad de exactitud rayana en la realidad. Vamos a darnos cuenta de ello una vez más, gracias a este interesante pequeño film sobre un Instituto Seroterápico célebre en el Brasil.

En las selvas ecuatoriales del Brasil viven las serpientes en gran número y la mordedura de ciertas especies, como el «Crotalo Horrido» conduce rápidamente a la muerte. Por dicha razón su caza se hace con infinitas precauciones.

Indígenas, armados de grandes palos, sacuden los matorrales para espantar a las serpientes, las cuales una vez capturadas se las coloca en una caja perfectamente cerrada, para su transporte hasta el Instituto Seroterápico.

Allí se las clasifica por categorías distintas, según sean sus especies, en altas cajas dispuestas a lo largo de las paredes, y todas herméticamente cerradas.

Recójense las especies venenosas por medio de un palo terminado por un nudo corredizo. El doctor puede entonces acercarse a ella y cojerla sin peligro alguno. El reptil silba furioso, se agita, mas al sentir que dedos nerviosos le aprietan la garganta, abre su boca rosada, de donde emergen dos colmillos agudos que se apoyan sobre el rebordillo de un platillo.

Del extremo del colmillo destilan entonces algunas gotas, hasta que el glánde que contiene el veneno se vacía por completo.

Cada serpiente da alrededor de treinta centigramos de veneno, suficiente para matar a varias personas. La acción tóxica de los venenos varía según la especie. *Calmetie* ha dado, en un cuadro, la relación del peso del veneno empleado al peso del animal muerto, y se encuentra para el *cobra*: 4.000.000. En otros términos: 0 gramos, 00025 de veneno basta para matar un conejo de un Kilogramo.

L. Gaumont

No hay que creer que la vida de la serpiente en el Instituto Serotérico de Sao Paulo esté exenta de atractivos. Un jardín magnífico, rodeado de blancas tapias, lo bastante altas para impedir que se escapen, cobija sus juegos y retozos: cascadas, saltos de agua, tapices de musgo, cuidadosamente conservados; plantas y flores ornan este jardín, que se asemeja a un parque para niños mimados.

Los caballos y mulas que sirven principalmente para los experimen-



tos son pesados antes y después de cada inyección; llegan así a poseer rápidamente una inmunización completa.

Los tratamientos contra el veneno de las serpientes se han multiplicado estos últimos años y las admirables investigaciones de Phisalex y de Calmette han permitido encontrar en el veneno mismo el antídoto preciso. Estos autores han llegado no solamente a inmunizar los animales contra las mordeduras de las serpientes, sino a curar eficazmente a los individuos mordidos.

Este film que realzan soberbias fotografías constituye un hermoso documento científico, susceptible de satisfacer plenamente la curiosidad del público.



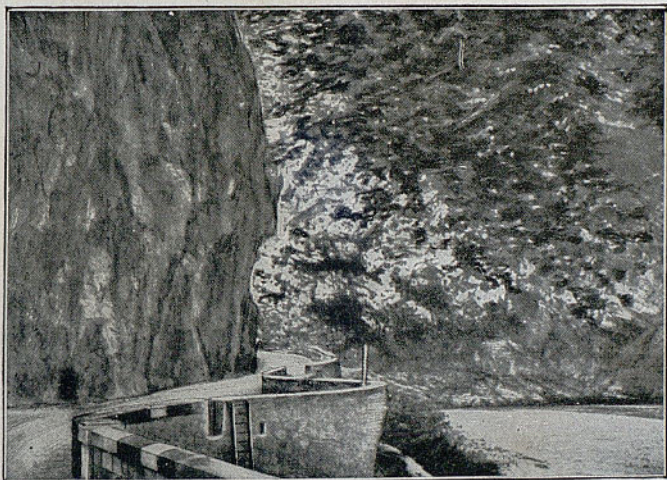
CAMPIÑA ITALIANA



Panorámica

En algunas vistas llenas de color local y vida presentamos diversos aspectos de la campiña napolitana.

Después de pasar un valle riente, en cuyo fondo serpentea cristalino



y límpido un riachuelo vemos las casas de Calitri, pequeña aldea agarrada a los flancos de desnudo collado.

La mayor parte de esta películita está consagrada al Monte Casino, y a su famoso Monasterio, en donde S. Benito fundó su orden en el año 529.

Este Monasterio, de estilo romano, es una maravilla arquitectónica, y es visitado todos los días del año por gran número de turistas.

Ante la vista del espectador desfilan preciosos cuadros, en los que aparecen detalles de este Monumento, como el patio de la Iglesia, la escalera de entrada y el patio de las columnatas.

Por la nitidez inmejorable de sus clichés fotográficos y su interés documentario, este pequeño film obtendrá halagadora acogida.





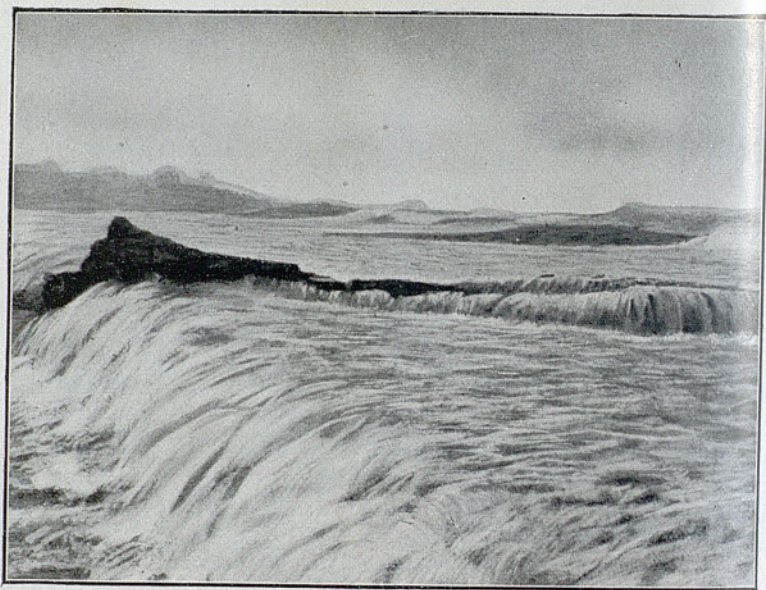
EL ROCIO DEL MAR



Panorámica

Esta pelícuita, compuesta de clichés admirables, representa diversos aspectos de las olas, tomados desde distintos puntos de la ribera.

Ver el mar encolerizado, retorciéndose en convulsiones de titán, erizado de monstruosas olas que deshacen su furia contra las cortantes aristas



de los cantiles, alzando a inmensa altura nubes de brillante espuma es un espectáculo que siempre encanta y fascina la vista.

El viento y el agua, esas dos fuerzas terribles, ciegas, se coaligan y de consuno se precipitan con mugidos de monstruos horribles contra la tierra firme que se atroquela de sus furores con las puntas desiguales de sus acantilados.

En estos cuadros de salvaje belleza vemos en sus más hermosos aspectos el argentado aniquilamiento de las olas, la pulverización resplandeciente de sus más potentes ataques contra su eterna enemiga la tierra.

Es este un estudio artístico que todo amante de lo bello verá con sumo agrado y complacencia.



El secreto del cañón

Dramática

I

Al fallecer Jacobo Orel, renombrado fabricante de armas y explosivos, dejó a su hija Mado la carga pesada de dirigir su empresa.

Durante el proceso de la cruenta enfermedad que tras de muchos días de padecer le llevó al sepulcro, tuvo oportunidad el padre y el hombre de negocios de observar y analizar aspectos no sospechados del carácter de aquella niña que empezaba a ser mujer. Vió también en tan aciagos días afirmarse virtudes, que sin desconocerlas en ella habían necesitado el riego doloroso de la desgracia.

Así fué que en los últimos días de su vida sólo pensó en ella para la continuación de su obra, persuadido de que su indomable energía, su inteligencia y entereza, así como el auxilio poderoso de dos personas probas y adictas que dejaba por fortuna tras sí, habrían de llevarle adelante en su abrumadora empresa.

Al día siguiente del en que su padre fué conducido a su última morada ocupó Mado su puesto en las Oficinas de la Fábrica, repeliendo al fondo de su corazón el acerbo dolor que le embargaba.

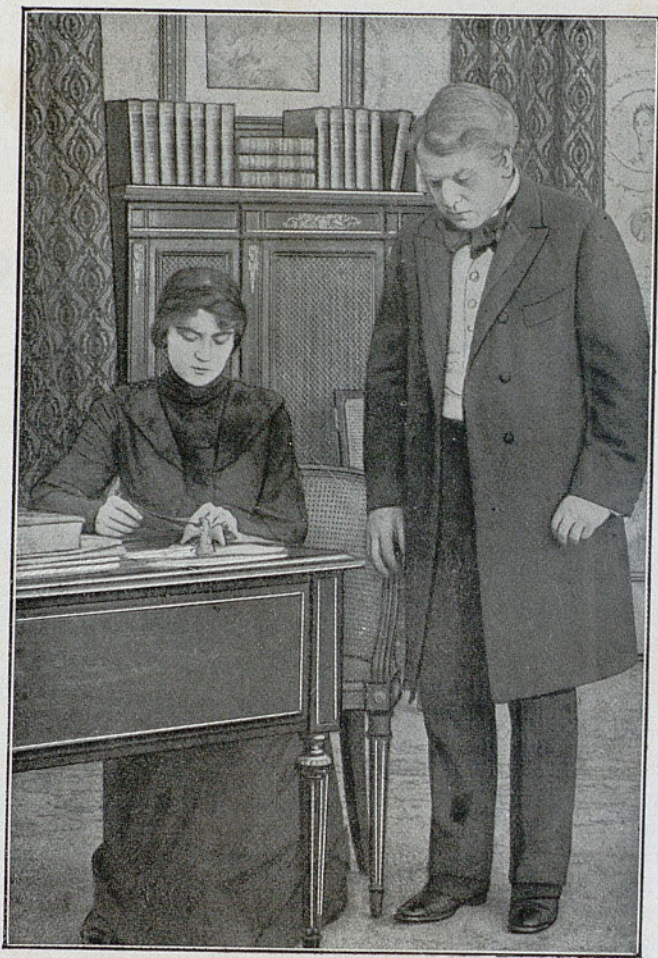
Leyó, enturbiada su vista por las lágrimas, las supremas instrucciones y consejos de su padre.

Uno de sus párrafos decía:

... llamo tu atención hacia tres personas con las cuales has de hallarte frecuentemente en contacto. Hablo del excelente Manri-

L. Gaumont

*que, mi apoderado y viejo amigo, que es la honradez personificada;
de D. Otto Hermann principal comanditario de la casa y persona*



La joven leyó al Apoderado las instrucciones de su difunto padre.

que sin poderlo precisar me inspira mediana confianza y por último de Andrés Frias, joven ingeniero de óptimo porvenir. Este y Manrique podrán serte de mucha utilidad. La inteligencia del uno y la sensatez y experiencia del otro han de servirte de precioso auxilio...

L. Gaumont

En efecto la ayuda de Manrique, entregado en cuerpo y alma al servicio de la familia, fuéle valiosísima para ponerse en contacto con el numeroso personal de la casa. En aquellos días de prueba aprendió a conocer y a apreciar los hombres. Tuvo sus preferencias y desconfianzas. Compartía los recelos de su padre para con Otto Hermann, principal comanditario de la casa, de la que era uno de los más sólidos puntales. Fuera que esta prevención pesara en demasía en sus juicios, o que alguna observación especial la confirmara, aquélla, juzgábalo hombre falso e hipócrita, capaz de todas las bajezas.

Por el contrario Andrés Frias le inspiraba ilimitada confianza. Conocíale superficialmente, pues su pobre padre, gran protector suyo, había-le abierto a menudo las puertas de su casa, más ahora que tenía que tratar con él a cada instante tuvo ocasión de conocerlo mejor y de apreciar su despejada inteligencia, su modestia y su tierno apego a ella. Acompañado de Manrique, de quien era amigo íntimo, iba a visitar a la jóven cada noche a su domicilio, y una amistad que no tardó en convertirse en una afección más tierna unió a los dos jóvenes, hechos indudablemente el uno para el otro.

II

Pasaron los días. Hermann creyó llegado el momento de realizar un proyecto que acariciaba desde hacía algún tiempo, mas que la situación un tanto difícil en que la muerte de su padre había colocado a Mado le autorizaba a dar por hecho.

Amaba a Mado. Y aunque su querer era sincero, prevalecía no obstante por encima de su afección la idea del lucro. Alcanzábale que por mucho que se esforzara y empleara sus energías, era para la débil niña tarea superior a sus fuerzas la dirección de aquella vasta empresa. Su casamiento al par que aseguraba a ella un sostén seguro, le colocaba a él al frente de un negocio, que gracias a sus cuantiosos capitales estaba llamada a tomar prósperos rumbos.

Propuso, pues, a la jóven ser su esposa, no ocultándole, cínico, las ventajas que tal «transacción» reportaría a ambos. Mado, sintiendo que su antipatía hacia aquel hombre se convertía en repulsión, y reprimiendo los impulsos que le acometían de clamarle su desprecio y repugnancia, contestó a su demanda con una cortés negativa.

Hermann, herido en su amor propio, despechado, salió de la Fábrica. Al pasar por delante de la portería, ocurriósele que quizás la portera, en su calidad de archivera de enredos y comadreos, podría esclarecerle sobre la conducta de Mado. Pensaba, en efecto, que ésta debía ocultar algo: que no sin una causa importante podía rechazarse una proposición tan ventajosa como la que él había hecho.

L. Gaumont

La portera ante la perspectiva de una buena gratificación soltó la lengua y relatóle lo que se contaba acerca de las relaciones de la señorita con el ingeniero Frias. De confidencia en confidencia vino en hablarle de



El apoderado le presentó todo el personal de la fábrica

las reuniones que por la noche tenían lugar en su casa y del carácter íntimo de las mismas.

Como a esto Hermann manifestara alguna incredulidad, la portera propúsole darle aquella misma noche la prueba de ello. Hermann aceptó e introducido sigilosamente por la indigna portera por un pasadizo escusado, asistió, roído por los celos y el despecho, a una de aquellas tranquilas veladas, durante las cuales Mado, Frias y Manrique, borradas las distancias, disfrutaban de un blando e íntimo sosiego.

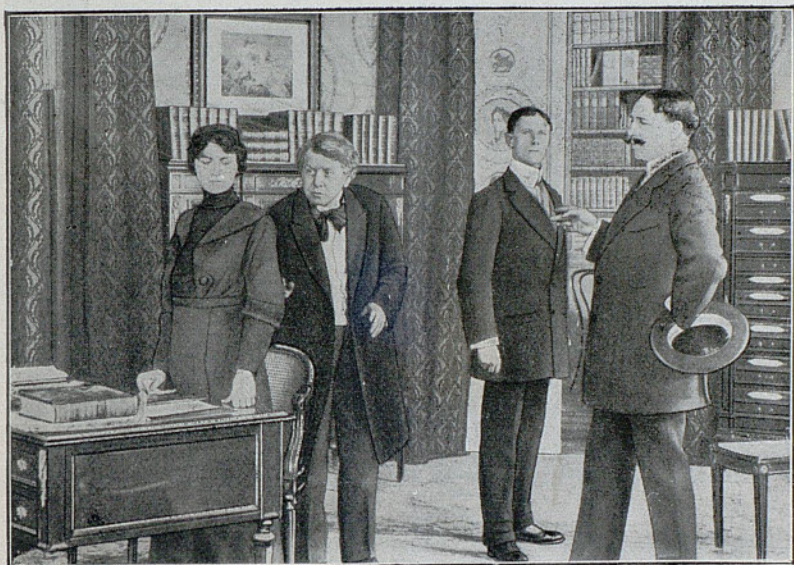
Este espectáculo disipó sus últimas dudas. Su despecho igualaba a su furor. Verse suplantado por aquel ingeniercillo, aquel chisgaravis de Frias! En el acto tomó una resolución, indigna y vil como suya y dirigió a Mado la siguiente carta:

Señorita: Dado el desairado papel que desempeño en la actualidad, no me queda otro remedio que separarme de la casa y re-

L. Gaumont

tirar mi comandita. Empero todo se arreglaría si V. me aceptara por esposo. Dirigida por ambos la Fábrica y gracias a mis cuantiosos capitales había de entrar pronto en vías de prosperidad nunca igualada.

Pasaré a recoir su respuesta.



y a las condiciones de su carta añadió la de despachar a Frias

Mado recibió al día siguiente esta carta. Al desprecio que le produjo su lectura sucedió al punto un abatimiento y perplejidad grandes. Los capitales de Hermann eran los principales sostenes de la casa y su vil manobra, retirándolos, preparaba su ruina.

Reflexionaba acerca de ello, cuando el miserable hizo su anunciada aparición. Formuló de nuevo, con una desenvoltura que se aproximaba a la desvergüenza, su demanda. Y atropellándolo todo, comedimiento y respeto, se acercó familiarmente a la jóven e intentó tomarle la mano.

Mado retrocedió, lanzando un grito de indignación. Andrés Frias que tenía su despacho al lado acudió y adivinando la escena pidió explicaciones a Hermann.

El capitalista, desdeñoso, le volvió la espalda sin contestarle y se limitó a decir, dirigiéndose a Mado, que a las condiciones anunciadas en su carta añadía la de expulsar inmediatamente de la casa a Frias, y que le

L. Gaumont

concedía 48 horas para resolverse. Dicho lo cual, y sonriendo despectivamente, salió de la habitación.



Hermann, despedido, salió de la fábrica

III

Frias vivía al lado de la Fábrica. En su clara habitación amueblada con sencillez y llena de libros conversaba, horas después de sucedida la violenta escena que acabamos de describir, con su amigo Manrique.

El joven ingeniero había escrito una carta a la joven, exponiéndole que no queriendo ser ningún obstáculo y dictándole su deber y sus escrúpulos retirarse ante un hombre rico y poderoso como era Hermann, de cuyas manos dependía el bienestar de toda su vida, veíase obligado, con gran sentimiento, a presentarle su dimisión.

Manrique leyó esta carta, y tan luego como hubo acabado de hacerlo la rasgó en menudos trozos.

—No—díjole bondadosamente.—Hay que dejar que los acontecimientos sigan su curso natural. Hermann podrá retirar sus capitales, mas no por eso naufragará la casa. Habrá días inciertos, pero no lo dudes, llegaremos a pasarlos con felicidad. Ese invento de que estos últimos días me hablaste nos permitirá recabar el auxilio de los demás comanditarios de la

L. Gaumont

casa. Todos, sin excepción, cuando sepan de que se trata aportarán su dinero a ojos cerrados...

En efecto Frias había inventado un cañón automático así como un proyectil que bajo un volumen muy reducido encerraba un explosivo que superaba de mucho a todos los conocidos en fuerza expansiva y penetración.

Los dos hombres estuvieron hablando largo tiempo y después de darse cita para la noche en el domicilio de Mado, con quien habían de estudiar el asunto, se separaron.

IV

Al día siguiente convocaron a sesión extraordinaria a los miembros del consejo de administración de la Fábrica, y tres días después se celebraba la misma.

Por medio de una somera exposición de cifras y de una demostración muy clara explicó Frias el mecanismo del nuevo cañón. Los comanditarios estaban dispuestos a consentir nuevos capitales. Manrique sonreía ya y lanzaba miradas de inteligencia a Mado, cuando Hermann, que había asistido a la sesión se levantó y muy frío y resuelto dijo:

—El señor Frias se ha apropiado una invención que me pertenece y de la cual hablé ya al señor Orel.

El estupor que estas palabras produjeron fué inmenso. Frias, ardiendo de indignación, gritó:—Es usted un impostor! un canalla!—Los dos hombres iban a precipitarse uno encima del otro, furiosos, cuando los demás vocales intervinieron y restablecieron el orden. Andrés dominó su indignación y sacó de su legajo algunos papeles que tendió al Presidente. En ellos aparecía perentoriamente que era él, el inventor. Entre otros documentos leyó el Presidente en voz alta el siguiente:

El proyectil Andrés Frias estalla con una fuerza desconocida hasta hoy. Proyéctese la deflagración exactamente en la fracción de segundo deseada. A causa de una explosión reciente que deterioró la torre puesta a nuestra disposición por el difunto señor Orel en los alrededores de París el cañón se halla en la actualidad mal ajustado. Hay peligro de muerte en manejarlo sin conocer su funcionamiento...

Manrique interrumpió al Presidente.

—Esto se precisa—dijo.—Este documento demuestra que el verdadero inventor del cañón es el único que puede atreverse a manejarlo Así pues cada uno de ustedes señores—y al decir esto dirigióse a Hermann y Frias—podrá comprometerse mañana a manejarlo a nuestra presencia, sin peligro alguno?

L. Gaumont

Andrés Frias, sin vacilar, respondió: «Sí» Hermann hizo la misma afirmación, aunque con menos entereza.

El Presidente fijó la hora, y la sesión se levantó.

V.

En saliendo de la fábrica Hermann se dirigió en automóvil a toda marcha a un barrio pobre cercano a las fortificaciones.

Después de recorrer calles y callejas sucias y sombrías, se paró ante una casa de mezquina apariencia. Allí vivía, bajo las guardillas, un amigo de otro tiempo, ingeniero fracasado, aficionado a caminar por senderos tortuosos y apto a cuantas equívocas empresas se le propusieran. En él pensó Hermann para salir, con su concurso, del grave aprieto en que se había colocado.

Púsole al tanto, en cuatro palabras, del negocio. Warner, que así se llamaba el mozo aceptó. Echóse sobre las espaldas un raído abrigo y siguió a Hermann.

—Dentro de una hora—díjole éste mientras tomaba asiento con él en su automóvil—estaremos en el torreón, al pie del famoso cañón secreto.

—Y dentro de otra—repuso Warner—conoceremos su mecanismo tan bien como su propio inventor.

VI.

Mientras que se urdía esta maquinación, Mado Orel, en el despacho de la fábrica, platicaba con Andrés y hacíase explicar por éste en detalle el mecanismo del nuevo cañón. Hacía tiempo que estaban enfrascados en su conversación cuando interrumpió ésta el tintineo furioso del teléfono que unía la fábrica al torreón de pruebas.

—Venid enseguida—gritaba una voz ronca al extremo del hilo.—El cañón se halla en marcha desde hace 10 minutos. Si no se le puede detener el obús caerá sobre París!

Mado, con su intuición de mujer adivinó: —Es Hermann!—gritó.

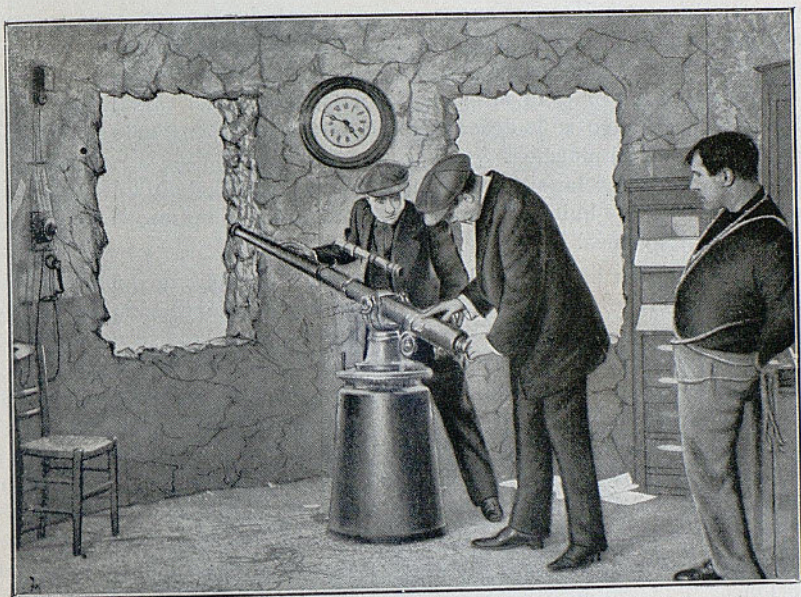
Andrés se precipitó como un loco en busca de Manrique, le explicó en cuatro palabras lo que sucedía y junto con él se lanzó en automóvil, a toda marcha, en dirección a la torre.

He aquí lo que había sucedido.

Hermann y su cómplice llegaron al lugar de las experiencias, torreón desmantelado situado en medio de una planicie desnuda de vegetación. El hombre que lo guardaba se opuso a su paso. Los dos hombres se precipitaron sobre él revólver en mano, lo maniataron y subieron con él a la plataforma superior del torreón, en donde se hallaba sobre su cureña cónica, el nuevo cañón.

L. Gaumont

El guardián fue interrogado. Ignoraba la maniobra del cañón. Las amenazas así como las promesas se estrellaron contra su obstinación. Los dos hombres, persuadidos de que nada conseguirían, lo dejaron y se inclinaron sobre la pieza para estudiar su mecanismo. Este, complicado y dis-



Los dos cómplices, presintiendo algo terrible, rebuscaron en un casillero..

tinto de cuantos conocían guardaba celosamente su secreto y sus esfuerzos por descubrirlo resultaron baldíos. No abandonaron por eso la partida. Cojieron un obús, lo examinaron cuidadosamente y después de introducirlo en la culata cerraron el obturador. Entonces se produjo un hecho singular. El cañón abocado contra un terreno deshabitado se puso a mover sobre su eje horizontalmente y después de describir un ángulo de 90° se detuvo quedando abocado contra la gran metrópoli.

Los dos cómplices, presintiendo algo terrible, rebuscaron en un casillero que había junto al cañón. Entre los papeles escritos encontraron uno, cuya lectura les llenó de terror.

Decía:

El cañón se halla en la actualidad ajustado para obtener automáticamente la expulsión del proyectil 30 minutos después del disparo, en una dirección dada. No se descargue el cañón una vez

L. Gaumont

iniciado el movimiento de rotación, pues ello podría hacer estallar la pieza. Para detener este movimiento, véase «Instrucciones Generales» en la casilla A del clasificador.

Y la casilla A estaba vacía!

Los dos cómplices, alocados, registraron todos los armarios, relevaron una a una las hojas dispersas... Y en tanto las agujas corrían veloces y apresuraban el instante trágico.

Ya solo faltaban 15 minutos. Si antes de finalizar este tiempo no se desviaba el cañón o se le descargaba, el obús caería en París sembrando la destrucción y la muerte...

Hermann con las sienes humedecidas de sudor helado telefoneó a la fábrica. Y así que hubo terminado arrastró a su cómplice, diciéndole:— Huyamos! Huyamos!

Mas el guardián que había aprovechado el espanto y confusión de ambos para aflojar sus ligaduras se alzó ante ellos impidiéndoles el paso. Habíase apoderado del revólver que Warner había dejado sobre una mesa y asestándolo contra ellos exclamó, vibrante:

—Atrás! miserables! No saldréis de aquí... O el proyectil cae en París, y os levanto la tapa de los sesos... O estalla aquí y saltamos juntos!

Los dos hombres, temblando de todos sus miembros, obedecieron y permanecieron inmóviles, con la vista fija en la esfera del reloj, con los ojos agrandados por el terror asistiendo al avance inexorable de las agujas.

Solo turbaba el trágico silencio de la estancia el sordo rechinar de los engranajes del cañón, cerca ya del término de su fatal evolución.

En el automóvil, lanzado a toda velocidad por périta mano, preguntábanse ansiosos, Manrique y Frias, si podrían llegar a tiempo.

Por fin el coche se detuvo al pie del torreón. Los dos hombres se precipitaron escaleras arriba. Llegaron a tiempo. Solo faltaban 20 segundos!

Andrés se abalanzó a la pieza, cambió la marcha, inicióse rápido el movimiento de retroceso y así llegó el cañón a su posición primera, salió el tiro.

La deflagración fué espantosa, y cuando el humo se hubo disipado, pudo verse cuan terrible devastación había hecho el disparo en el campo de experiencias...

Hermann viéndose perdido se apoderó del revólver e intentó hacerse justicia; pero Manrique que lo observaba intervino a tiempo y le desarmó. Comprendiendo entonces que Frias triunfaba y que su alma generosa perdonaría acercóse a la mesa, escribió algunas palabras en un papel y tendió éste a Manrique.

L. Gaumont

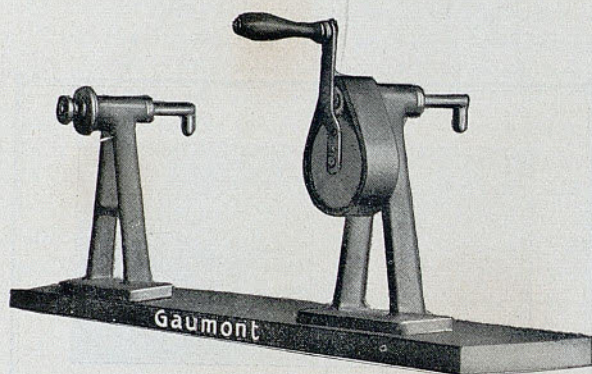
Tengo el honor de comunicar a la Sta. Mado Orel que renuncio en favor suyo a mi comandita. Que me perdene y olvide.— Hermann.

Andrés se casó con Mado: la fábrica prosperó y tomó un impulso extraordinario y a ello contribuyó en gran medida el invento maravilloso que estuvo a punto de dar un día de luto a la gran metrópoli.

Un precioso querubín fue fruto de esta unión dichosa, y el primer juguete que sus manos regordetas tuvieron fué un cañón diminuto hecho pieza por pieza por Juan el torrero, en cuya memoria conservábase indeleble, a pesar del mucho tiempo transcurrido, el recuerdo de la trágica jornada.



El bobinador
más práctico
es sin duda alguna



El Bobinador Doble
TIPO
Gaumont



El primer idilio de Minutiyo



Cómica

Cúpido inexorable hirió un día de certera flecha a nuestro simpático «chavea». Era ella no una duquesa ni menos una princesa, sino una des-



arrapadilla golfa, hija del arroyo, cuya profesión consistía en ofrecer a los transeuntes ramos de flores.

Minutiyo le compró uno, pagóselo régicamente y le imploró el favor

L. Gaumont

de una entrevista. La golfilla garabateó detrás de una tarjeta con más buena voluntad que ortografía su nombre y señas, y diósel a su galanteador, sonrojada hasta en lo blanco de sus ojos.

Nuestro diminuto enamorado decidió aquella misma noche fugarse del domicilio paternal e ir a reunirse con su Dulcinea. Así lo hizo, cuando



Minutiyo descubrió por fin a su Dulcinea...

todo el mundo dormía en su casa, y vestido del traje de las fiestas y tocado de reluciente chistera se encaminó hacia donde moraba aquella.

«La Lendresiya» que tal era su nombre o apodo vivía con otros desheredados de la impía fortuna en un cuchitril exento de todo lujo sito en el 6.º piso (había entresuelo y principal) de una destarlada casa de los barrios pobres.

Hasta aquellas alturas trepó nuestro héroe por empinada escalera. Llamó a la puerta y como no le contestaran empujó y entró dentro de la alcoba. Era ésta una habitación destartalada y sórdida; junto a la pared había una fila de jergones y sobre ellos echados dormían media docena de haraposos golfillos.

Con el corazón soliviantado ante aquel espectáculo de triste miseria, mas sin que su amor decreciera un segundo, ofreció su brazo a la Lendre-

L. Gaumont

siya, que despierta, le esperaba ya, y salió con ella del infecto tabuco.
—¿A dónde vamos?—interrogó ella tímidamente.

Minutiyo no preveía la pregunta: quedó cortado un instante, pero luego, encogiéndose desdeñosamente de hombros respondió: —¡Allá!—y designó con vago ademán un punto imaginario del horizonte.

¿De qué hablaron estas dos menudencias en su poético paseo al claro de luna? Lo ignoramos. Fué el caso que muy estrechamente enlazados pa-



Minutiyo propuso a un ropavejero la venta de su indumentaria.

seáronse hasta el amanecer, abstraídos en sus dulces confidencias y alejados por completo del mundo. Pero este idílico estado de sus corazones cesó al sentir en sus cuerpos los primeros mordiscos de la vulgar necesidad. Porque si sus corazones estaban rebosantes de amor no se hallaban en el mismo caso sus estómagos y exigían un alimento más substancioso.

Minutiyo notó entonces que se había dejado en casa la cartera y que no tenía encima ni un céntimo partido por la mitad.

El aprieto era grave, mas su fecunda imaginación sugerióle en el acto el medio de salir de él. Dirigióse, en compañía siempre de su Dulcinea, a casa de un ropavejero y le propuso la venta de su indumentaria. El truhán propúsose explotarle, pero nuestro amiguito defendió sus intereses con

L. Gaumont

ahinco, hasta obtener de él en cambio del suyo un traje «en buen uso» y diez perras gordas. La transacción, indudablemente, no era muy brillante, pero como el tiempo corría Minutiyo la aceptó, púsose inmediatamente el traje en «buen uso» que por sus muchos trozos y remiendos parecía un puzzle abigarrado, tomó las diez perras gordas y se encaminó con su pareja, muy ufano y satisfecho, a una Chocolatería próxima.

La propietaria al verlos entrar arrugó el ceño. No eran aquellos clientes de los que dan lustre y provecho a un establecimiento. Los hubiera echado, pero nuestro hombre mostró con tanta autoridad y energía su dinero y manifestó tan poca voluntad a abandonar su asiento, que vióse obligada, a regañadientes, a servirles los dos tazones de chocolate pedidos.

Los dos enamorados, dejando para después los asuntos del alma ocupáronse activamente a satisfacer las necesidades del cuerpo, y lo hicieron con tanto entusiasmo que momentos después las tazas y hasta los platillos quedaban limpios como nunca lo estuvieron.

Llegó el momento de pagar. Minutiyo entregó con amplio ademán la monedita de plata, mas con gran sorpresa se la rechazaron. Era de plomo y no pasaba ni con recomendación.

Tuvo que confesar que no tenía otra. Vinieron los polizontes y los dos delincuentes fueron conducidos, sin grandes contemplaciones, a la Comisaría del Distrito.

El Comisario abarcó en toda su gravedad aquel delito de moneda falsa. Saltaba a la vista de tal modo la falsedad de la que había entregado Minutiyo que uno de los agentes presentes exclamó para su capote «que era falsa como una puerta...» El estúpido había oído hablar de puertas falsas, y de ahí venía su afirmación.

El Comisario mandó que encerraran a los dos culpables en la más negra y profunda de las mazmorras del cuartelillo. Así lo hicieron los agentes con la suavidad acostumbrada y nuestros tiernos enamorados vieron encerrados entre cuatro paredes negras.

La Lendresiya lloraba. Minutiyo conservaba su sangre fría. La humedad del calabozo impedía de todos modos que la tuviera de otra manera. Consoló lo mejor que pudo a su Dulcinea y esperó filosóficamente los acontecimientos.

* * *

Algunos instantes después de la detención de la pareja delincuente recibió el Comisario la visita de los padres de Minutiyo, los cuales, con lágrimas y suspiros, contáronle la extraña desaparición de su hijo. Tal era su amilanamiento y aflicción que el Comisario, atento, los hizo sentar y prodigóles palabras de consuelo.

En esto Minutiyo que al oír las voces de sus padres había logrado forzar las puertas del calabozo se presentó, con su indumentaria de guñapos, ante los ojos atónitos de sus padres.

L. Gaumont

Llevaba cogida del brazo a Lendresiya y con un movimiento caballeresco y galante se arrodilló con ella ante aquellos e imploró su perdón. Fuéle concedido en el acto. Hasta se habló de reparación, de boda... Esta escena desarmó al Comisario de su severidad y rió...
¿Podía hacer otra cosa?





Don Picorete y la herencia de Calino



Cómica

Indudablemente que el poseer un tío, ya sea carnal o sencillamente cartilaginoso, es provechoso cuando el interfecto tiene bienes muebles e inmuebles transmisibles a su heredero más próximo que puede ser usted o yo, aunque nos hallemos en Makao o en Manila, pongo por puntos distantes y filipinos.

Mas a veces sucede, como ocurre en el caso presente, que el tío, aunque heredable de los pies a la cabeza, es un guasón, y su fallecimiento en vez de reportar provecho a su sobrino es para este fuente de quebrantos y de calamidades sin cuento.

He aquí la historia. Nuestro embotado amigo Calino enteróse con el natural regocijo de que una explosión de gristú en una mina de lápiz en donde se hallaba por casualidad había eliminado a su tío Oton Tote de la lista de los habitantes planetarios.

Dirigióse sin pérdida de tiempo a casa del notario gangoso y decrepito del difunto, y no fue poco su sorpresa al escuchar de sus labios exangues la lectura del siguiente testamento.

Atacado de la filoxera crónica y próximo a exhalar mi postrer suspiro, digo:

Lego a mi sobrino Calino mi Castillo de Tockham-Herroque así como todas mis acciones, obligaciones y deberes. Unas y otros los he escondido en un lugar recóndito del castillo y es mi deseo expreso que Calino se devane los sesos buscándolos, pues, ello desarrollará su inteligencia ligeramente superior en mi concepto a la de un ornitorinco adulto.

Le prevengo caritativamente que el castillo está plagado de trampas, agujeros, fosos, calabozos secretos, conductos subterráneos y otros discretos y amenos rompecabezas...

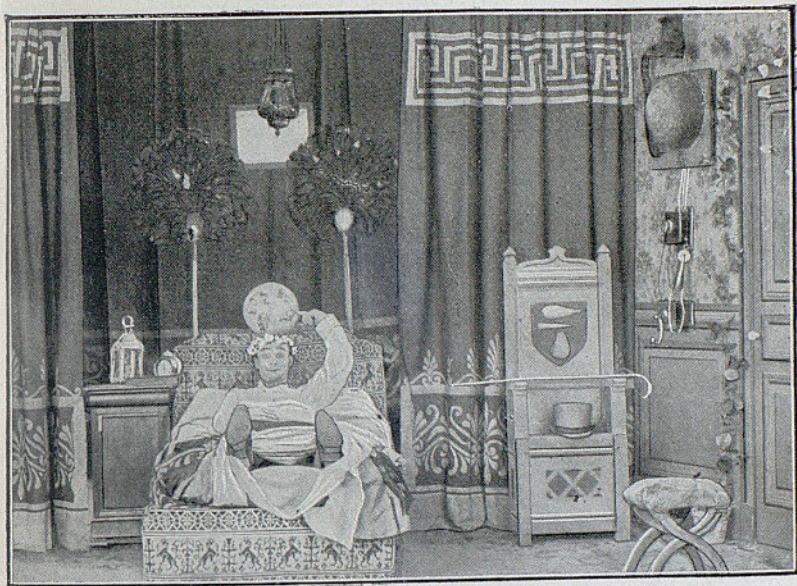
Calino arrojó un grito de indignación y de despecho. E iba a abandonarse a la más negra y densa desesperación cuando acudió a su mente una idea salvadora. Esta idea estaba condensada en este mágico don Picorete.

A él se dirigió por teléfono, recabando su preciosa ayuda.

L. Gaumont

* * *

En una estancia curiosamente alhajada, sobre un lecho vasto como un mar y profundo como un razonamiento, reposaba don Picorete, cuando le sacó de su casto sueño la voz agria y como sulfurada del teléfono (un aparato cuyo exclusivo alimento es el ácido sulfúrico no puede tener otra voz, a mi sano entender). Era Calino quien le telefoneaba, poniéndole al



sobre un lecho vasto como un mar y profundo como un razonamiento

tanto de su grave aprieto. Don Picorete le tranquilizó con afectuosas palabras y anunció su llegada para media hora más tarde.

Era más de lo que necesitaba. Sus muebles movidos por un secreto instinto o un aparato de relojería no menos secreto obedecían a su voz de mando como fieles falderillos y sus movimientos combinados le facilitaron y allanaron las operaciones que siguen al despertar, quedando preparado y listo al cabo de algunos segundos.

Media hora después se dirigía con Calino al Castillo Misterioso.

* * *

Mientras Calino visitaba con su esposa los aposentos que habían de ocupar en el castillo desde aquella misma noche. D. Picorete recibió caído del cielo, esta poca tranquilizadora esquela:

L. Gaumont

DON PICORETE

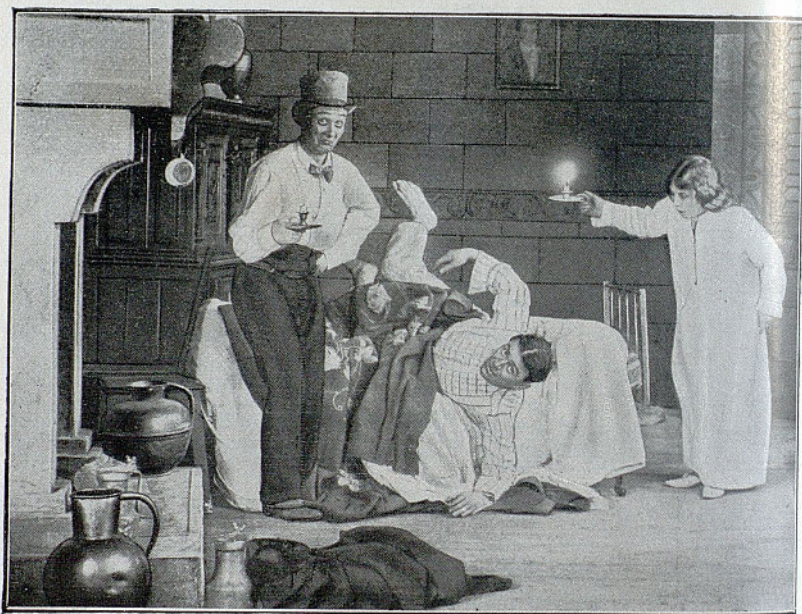
si pasáis la noche aquí

R. I. P.

(no se reparten invitaciones)

Morir de un modo tan obscuro y a una edad tan dichosa como la suya hizo a nuestro héroe muy escasa gracia. No obstante como su amor propio y su inteligencia se hallaban empeñados en aquella empresa, hizo caso omiso del fúnebre aviso y siguió adelante en sus investigaciones.

Para que supliera a su olfato, algo atrofiado proveyóse de su alter



Estos seres fantasmales hicieron de las suyas la primera noche

ego» un can inteligente y valiente a quien había puesto por nombre «Gengis» en recuerdo de aquel otro Khan famoso que reinó en Tartaria.

Con su precioso concurso púsose a recorrer el castillo en todas las direcciones, no tardando en adquirir el convencimiento a un precio casi regalado de que él mismo estaba habitado por seres perfectamente organizados que por las trazas se dedicaban también a buscar el tesoro.

Estos seres fantasmales hicieron de las suyas la primera noche que se apoderó de esta amedrentada pareja que salió a escape del mismo con

L. Gaumont

dirección a su antiguo domicilio, jurando por todos los santos del calendario que no volverían a poner los pies en el...

Don Picorete se quedó, pues, solo en el Castillo con su fiel Gengis. Mas lo hubiera hecho. En una de sus peregrinaciones a través de aquellos sombríos corredores tropezó con los seres fantasmales, quienes después de vapulearlo como un felpudo lo enterraron vivo al pie de elevada muralla.



Pasaron los días las semanas, y los meses...

Hasta que con los primeros efluvios primaverales brotó don Picorete de la tierra cual un sencillo nabo o una fragante rosa.. Ninguna variación, por lo más, se observaba en su fisonomía. El mismo aire estúpido, la misma mirada de cretino... Únicamente había crecido un poco.

Trepó por la muralla como un mono, y una vez en los aposentos del castillo se dispuso con igual tesón que antes proseguir sus investigaciones.

Pero, a raíz de su desaparición, pusieron de vigilancia en el castillo a un tal Beduinez, distinguido policía de la secreta de poca materia gris aunque dotado de unos puños macizos que compensaban ampliamente la escasez de aquella tan nociva substancia.

Con este buen señor tropezó don Picorete momentos después de salir de su período de vida subterránea. Al ver que le atajaba el paso, trató de

L. Gaumont

hacerle comprender quien era. Mas Beduinez ignoraba totalmente que existiese sobre la capa terrestre una persona de nombre de don Picorete y se negó a reconocerle con la obstinación de un padre desnaturalizado.

En vista de ello nuestro héroe quiso apelar a la fuerza. Pero en este terreno le aventajaba sensiblemente el ilustre Beduinez. De un magistral puñetazo le envió a las profundidades de un sótano, hecho lo cual, con el caritativo propósito de apabullarlo enteramente arrojó sobre su cabeza, sillas, mesas, un lustro, un piano de cola y por último una estatuilla de piedra berroqueña de delicados contornos y peso respetable.

Don Picorete recibió todos estos objetos con la resignación y calma cristianas de que sabía revestirse aun en los instantes más solemnes de su aventurera vida, mas al llegar al turno a la estatuilla de delicados contornos y peso respetable, notó con gran sorpresa que al quebrarse contra su cráneo, ponía en evidencia polícromas hojas, azulados billetes y aéreas monedas... Era aquel el tesoro del difunto Oten Tote!

Lo demás se explica, a menos que posea uno un cerebro de pinguino. Don Picorete logró salir de su antro, avistóse con Calino, que le creía ya en otro planeta y le entregó el tesoro después de descontarse un honrado corretaje.

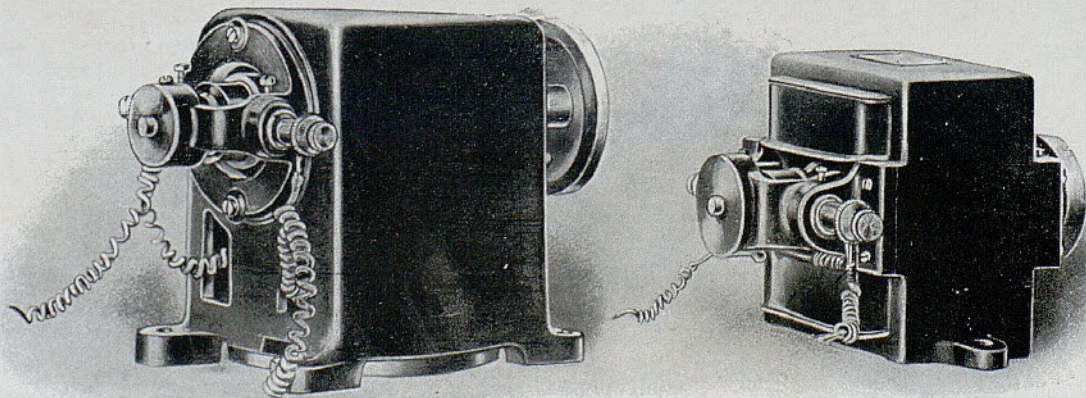
Luego como en todas estas andanzas había perdido a su fiel «Gengis» púsose a buscarlo por todos los rincones del castillo. Tuvo la suerte de encontrarlo entre los trapos sucios, reducido, a la misera condición de deshollinador de tubos, pero gracias a un masaje y fricción enérgicas devolvióle en un instante la brillantez perdida.

Y después de desinfectar el castillo de sus fantasmales pobladores con polvos insecticidas de reconocida eficacia, partieron el hombre y el can a reanudar el hilo de sus aventuras.



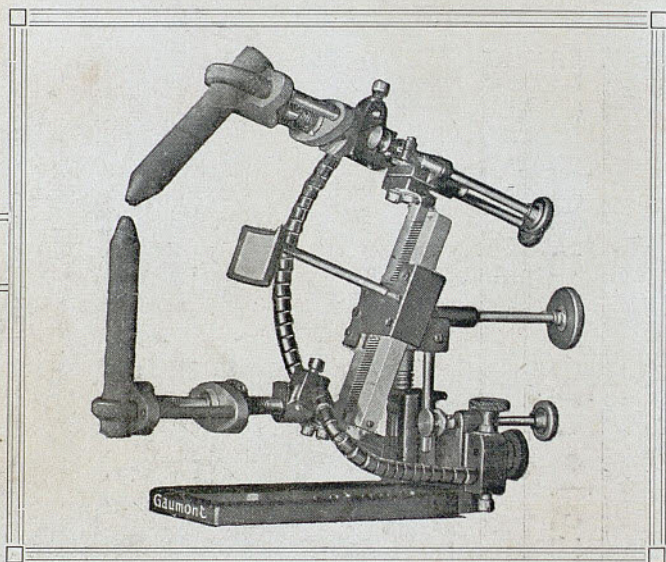
Dinamos Tipo A y Tipo B

para instalaciones cinematográficas



Pídase el material eléctrico de precisión GAUMONT

Para trabajar a 100 ampéres
con corriente alterna
pida el nuevo arco



Gaumont



El Secreto

del Cañón

Metraje total 602 metros.— Virajes: 463 metros
Cartel 150 × 110 — Palabra telegráfica: MORPARI



Los dos cómplices, presintiendo algo terrible rebusearén...

L. Gaumont

66, Paseo de Gracia.-BARCELONA

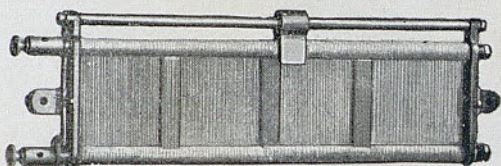
Dirección telegráfica y telefónica

CRONO

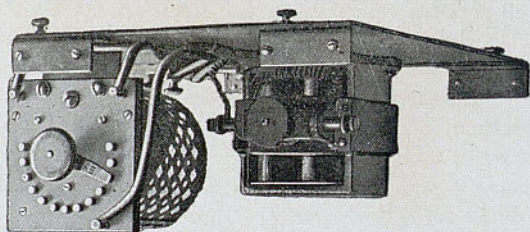
TELÉFONO: 2991

Sucursales: { Madrid, Fúcar, 22 pral. Dirección telegráfica: CRONO Teléfono, 3375
BILBAO, Colón Larraátegui, 15 y 17 Dirección telegráfica: CRONO. Teléf. 1490

Los tipos de resistencia de velocidad **GAUMONT**



Resistencia de velocidad
modelo alargado (de cursor) tipo A
propio para mesa de madera



Platina soporte de partes eléctricas
para mesa metálica, provista de dinamo
con resistencia redonda (de bornes) tipo B

Estas dos resistencias se utilizan indistintamente para di-
namos Tipo A y Tipo B

El secreto del cañón

Dramática

I

Al fallecer Jacobo Orel, renombrado fabricante de armas y explosivos, dejó a su hija Mado la carga pesada de dirigir su empresa.

Durante el proceso de la cruenta enfermedad que tras de muchos días de padecer le llevó al sepulcro, tuvo oportunidad el padre y el hombre de negocios de observar y analizar aspectos no sospechados del carácter de aquella niña que empezaba a ser mujer. Vió también en tan aciagos días afirmarse virtudes, que sin desconocerlas en ella habrían necesitado el riego doloroso de la desgracia.

Así fué que en los últimos días de su vida sólo pensó en ella para la continuación de su obra, persuadido de que su indomable energía, su inteligencia y entereza, así como el auxilio poderoso de dos personas probas y adictas que dejaba por fortuna tras sí, habrían de llevarle adelante en su abrumadora empresa.

Al día siguiente del en que su padre fué conducido a su última morada ocupó Mado su puesto en las Oficinas de la Fábrica, repeliendo al fondo de su corazón el acerbo dolor que le embargaba.

Leyó, enturbiada su vista por las lágrimas, las supremas instrucciones y consejos de su padre.

Uno de sus párrafos decía:

... llamo tu atención hacia tres personas con las cuales has de hallarte frecuentemente en contacto. Hablo del excelente Manri-

L. Gaumont

que, mi apoderado y viejo amigo, que es la honradez personificada; de D. Otto Hermann principal comanditario de la casa y persona



La joven leyó al Apoderado las instrucciones de su difunto padre.

que sin poderlo precisar me inspira mediana confianza y por último de Andrés Frias, joven ingeniero de óptimo porvenir. Este y Manrique podrán serte de mucha utilidad. La inteligencia del uno y la sensatez y experiencia del otro han de servirte de precioso auxilio...

L. Gaumont

En efecto la ayuda de Manrique, entregado en cuerpo y alma al servicio de la familia, fuéle valiosísima para ponerse en contacto con el numeroso personal de la casa. En aquellos días de prueba aprendió a conocer y a apreciar los hombres. Tuvo sus preferencias y desconfianzas. Compartía los recelos de su padre para con Otto Hermann, principal comanditario de la casa, de la que era uno de los más sólidos puntales. Fuera que esta prevención pesara en demasía en sus juicios, o que alguna observación especial la confirmara, aquélla, juzgábalo hombre falso e hipócrita, capaz de todas las bajezas.

Por el contrario Andrés Frias le inspiraba ilimitada confianza. Conocióale superficialmente, pues su pobre padre, gran protector suyo, habíale abierto a menudo las puertas de su casa, más ahora que tenía que tratar con él a cada instante tuvo ocasión de conocerlo mejor y de apreciar su despejada inteligencia, su modestia y su tierno apego a ella. Acompañado de Manrique, de quien era amigo íntimo, iba a visitar a la jóven cada noche a su domicilio, y una amistad que no tardó en convertirse en una afección más tierna unió a los dos jóvenes, hechos indudablemente el uno para el otro.

II

Pasaron los días. Hermann creyó llegado el momento de realizar un proyecto que acariciaba desde hacía algún tiempo, mas que la situación un tanto difícil en que la muerte de su padre había colocado a Mado le autorizaba a dar por hecho.

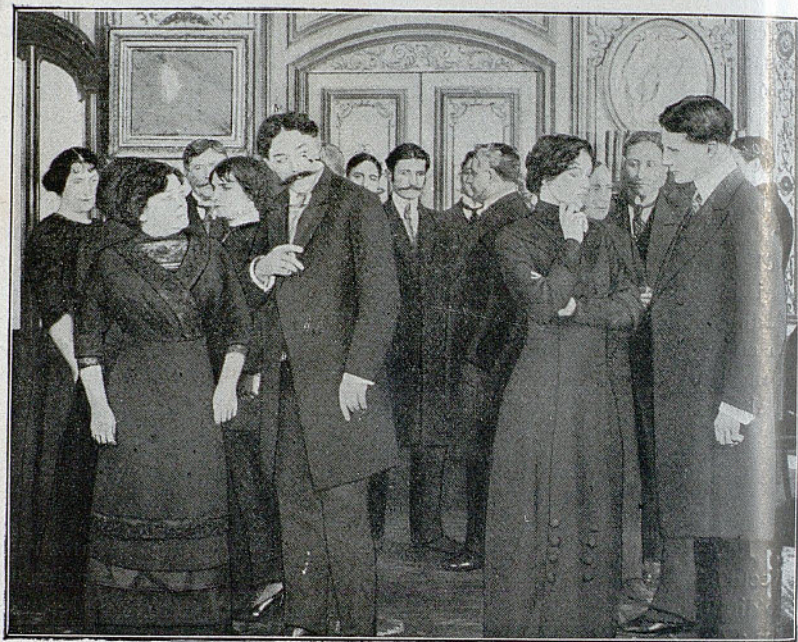
Amaba a Mado. Y aunque su querer era sincero, prevalecía no obstante por encima de su afección la idea del lucro. Alcanzábale que por mucho que se esforzara y empleara sus energías, era para la débil niña tarea superior a sus fuerzas la dirección de aquella vasta empresa. Su casamiento al par que aseguraba a ella un sostén seguro, le colocaba a él al frente de un negocio, que gracias a sus cuantiosos capitales estaba llamado a tomar prósperos rumbos.

Propuso, pues, a la jóven ser su esposa, no ocultándole, cínico, las ventajas que tal «transacción» reportaría a ambos. Mado, sintiendo que su antipatía hacia aquel hombre se convertía en repulsión, y reprimiendo los impulsos que le acometían de clamarle su desprecio y repugnancia, contestó a su demanda con una cortés negativa.

Hermann, herido en su amor propio, despechado, salió de la Fábrica. Al pasar por delante de la portería, ocurriósele que quizás la portera, en su calidad de archivera de enredos y comadreos, podría esclarecerle sobre la conducta de Mado. Pensaba, en efecto, que ésta debía ocultar algo: que no sin una causa importante podía rechazarse una proposición tan ventajosa como la que él había hecho.

L. Gaumont

La portera ante la perspectiva de una buena gratificación soltó la lengua y relatóle lo que se contaba acerca de las relaciones de la señorita con el ingeniero Frias. De confidencia en confidencia vino en hablarle de



El apoderado le presentó todo el personal de la fábrica

las reuniones que por la noche tenían lugar en su casa y del carácter íntimo de las mismas.

Como a esto Hermann manifestara alguna incredulidad, la portera propúsole darle aquella misma noche la prueba de ello. Hermann aceptó e introducido sigilosamente por la indigna portera por un pasadizo escusado, asistió, roído por los celos y el despecho, a una de aquellas tranquilas veladas, durante las cuales Mado, Frias y Manrique, borradas las distancias, disfrutaban de un blando e íntimo sosiego.

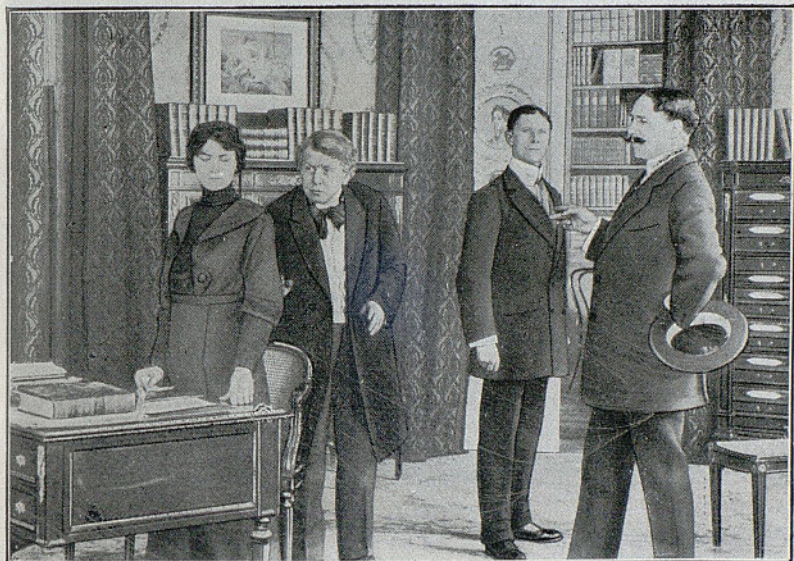
Este espectáculo disipó sus últimas dudas. Su despecho igualaba a su furor. Verse suplantado por aquel ingeniércillo, aquel chisgaravis de Frias! En el acto tomó una resolución, indigna y vil como suya y dirigió a Mado la siguiente carta:

Señorita: Dado el desairado papel que desempeño en la actualidad, no me queda otro remedio que separarme de la casa y re-

L. Gaumont

tirar mi comandita. Empero todo se arreglaría si V. me aceptara por esposo. Dirigida por ambos la Fábrica y gracias a mis cuantiosos capitales había de entrar pronto en vías de prosperidad nunca igualada.

Pasaré a recoir su respuesta.



y a las condiciones de su carta añadió la de despachar a Frias

Mado recibió al día siguiente esta carta. Al desprecio que le produjo su lectura sucedió al punto un abatimiento y perplejidad grandes. Los capitales de Hermann eran los principales sostenes de la casa y su vil manio-
bra, retirándolos, preparaba su ruina.

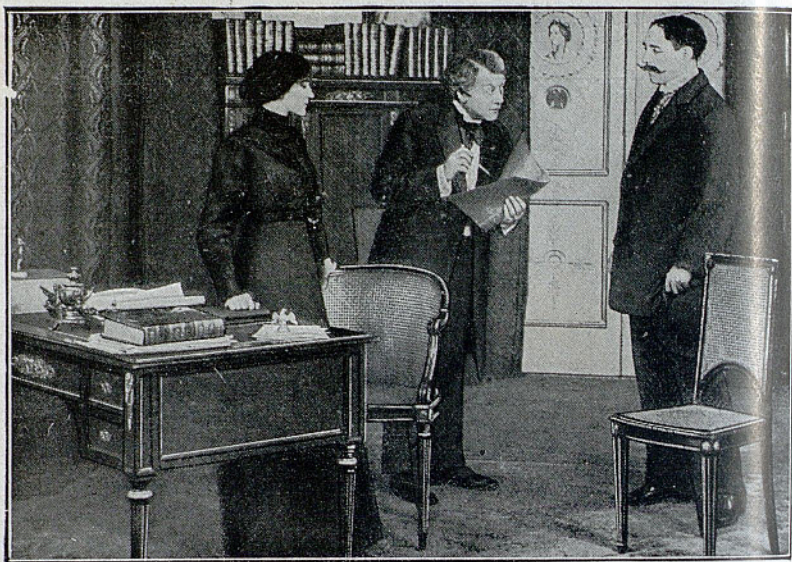
Reflexionaba acerca de ello, cuando el miserable hizo su anunciada aparición. Formuló de nuevo, con una desenvoltura que se aproximaba a la desvergüenza, su demanda. Y atropellándolo todo, comedimiento y res-
peto, se acercó familiarmente a la jóven e intentó tomarle la mano.

Mado retrocedió, lanzando un grito de indignación. Andrés Frias que tenía su despacho al lado acudió y adivinando la escena pidió explica-
ciones a Hermann.

El capitalista, desdeñoso, le volvió la espalda sin contestarle y se limitó a decir, dirigiéndose a Mado, que a las condiciones anunciadas en su carta añadía la de expulsar inmediatamente de la casa a Frias, y que le

L. Gaumont

concedía 48 horas para resolverse. Dicho lo cual, y sonriendo despectivamente, salió de la habitación.



Hermann, despedido, salió de la fábrica

III

Frias vivía al lado de la Fábrica. En su clara habitación amueblada con sencillez y llena de libros conversaba, horas después de sucedida la violenta escena que acabamos de describir, con su amigo Manrique.

El jóven ingeniero había escrito una carta a la jóven, exponiéndole que no queriendo ser ningún obstáculo y dictándole su deber y sus escrúpulos retirarse ante un hombre rico y poderoso como era Hermann, de cuyas manos dependía el bienestar de toda su vida, veíase obligado, con gran sentimiento, a presentarle su dimisión.

Manrique leyó esta carta, y tan luego como hubo acabado de hacerlo la rasgó en menudos trozos.

—No—dijole bondadosamente.—Hay que dejar que los acontecimientos sigan su curso natural. Hermann podrá retirar sus capitales, mas no por eso naufragará la casa. Habrá días inciertos, pero no lo dudes, llegaremos a pasarlos con felicidad. Ese invento de que estos últimos días me hablaste nos permitirá recabar el auxilio de los demás comanditarios de la

L. Gaumont

casa. Todos, sin excepción, cuando sepan de que se trata aportarán su dinero a ojos cerrados...

En efecto Frias había inventado un cañón automático así como un proyectil que bajo un volumen muy reducido encerraba un explosivo que superaba de mucho a todos los conocidos en fuerza expansiva y penetración.

Los dos hombres estuvieron hablando largo tiempo y después de darse cita para la noche en el domicilio de Mado, con quien habían de estudiar el asunto, se separaron.

IV

Al día siguiente convocaron a sesión extraordinaria a los miembros del consejo de administración de la Fábrica, y tres días después se celebraba la misma.

Por medio de una somera exposición de cifras y de una demostración muy clara explicó Frias el mecanismo del nuevo cañón. Los comanditarios estaban dispuestos a consentir nuevos capitales. Manrique sonreía ya y lanzaba miradas de inteligencia a Mado, cuando Hermann, que había asistido a la sesión se levantó y muy frío y resuelto dijo:

—El señor Frias se ha apropiado una invención que me pertenece y de la cual hablé ya al señor Orel.

El estupor que estas palabras produjeron fué inmenso. Frias, ardiendo de indignación, gritó:—Es usted un impostor! un canalla!—Los dos hombres iban a precipitarse uno encima del otro, furiosos, cuando los demás vocales intervinieron y restablecieron el orden. Andrés dominó su indignación y sacó de su legajo algunos papeles que tendió al Presidente. En ellos aparecía perentoriamente que era él, el inventor. Entre otros documentos leyó el Presidente en voz alta el siguiente:

El proyectil Andrés Frias estalla con una fuerza desconocida hasta hoy. Prodiúcese la deflagración exactamente en la fracción de segundo deseada. A causa de una explosión reciente que deterioró la torre puesta a nuestra disposición por el difunto señor Orel en los alrededores de París el cañón se halla en la actualidad mal ajustado. Hay peligro de muerte en manejarlo sin conocer su funcionamiento...

Manrique interrumpió al Presidente.

—Esto se precisa—dijo.—Este documento demuestra que el verdadero inventor del cañón es el único que puede atreverse a manejarlo Así pues cada uno de ustedes señores—y al decir esto dirigióse a Hermann y Frias—podrá comprometerse mañana a manejarlo a nuestra presencia, sin peligro alguno?

L. Gaumont

Andrés Frias, sin vacilar, respondió: «Sí» Hermann hizo la misma afirmación, aunque con menos entereza.

El Presidente fijó la hora, y la sesión se levantó.

V.

En saliendo de la fábrica Hermann se dirigió en automóvil a toda marcha a un barrio pobre cercano a las fortificaciones.

Después de recorrer calles y callejas sucias y sombrías, se paró ante una casa de mezquina apariencia. Allí vivía, bajo las guardillas, un amigo de otro tiempo, ingeniero fracasado, aficionado a caminar por senderos tortuosos y apto a cuantas equívocas empresas se le propusieran. En él pensó Hermann para salir, con su concurso, del grave aprieto en que se había colocado.

Púsole al tanto, en cuatro palabras, del negocio. Warner, que así se llamaba el mozo aceptó. Echóse sobre las espaldas un raído abrigo y siguió a Hermann.

—Dentro de una hora—dijole éste mientras tomaba asiento con él en su automóvil—estaremos en el torreón, al pie del famoso cañón secreto.

—Y dentro de otra—repuso Warner—conoceremos su mecanismo tan bien como su propio inventor.

VI.

Mientras que se urdía esta maquinación, Mado Orel, en el despacho de la fábrica, platicaba con Andrés y hacíase explicar por éste en detalle el mecanismo del nuevo cañón. Hacía tiempo que estaban enfrascados en su conversación cuando interrumpió ésta el tintineo furioso del teléfono que unía la fábrica al torreón de pruebas.

—Venid enseguida—gritaba una voz ronca al extremo del hilo.—El cañón se halla en marcha desde hace 10 minutos. Si no se le puede detener el obús caerá sobre París!

Mado, con su intuición de mujer adivinó: —Es Hermann!—gritó.

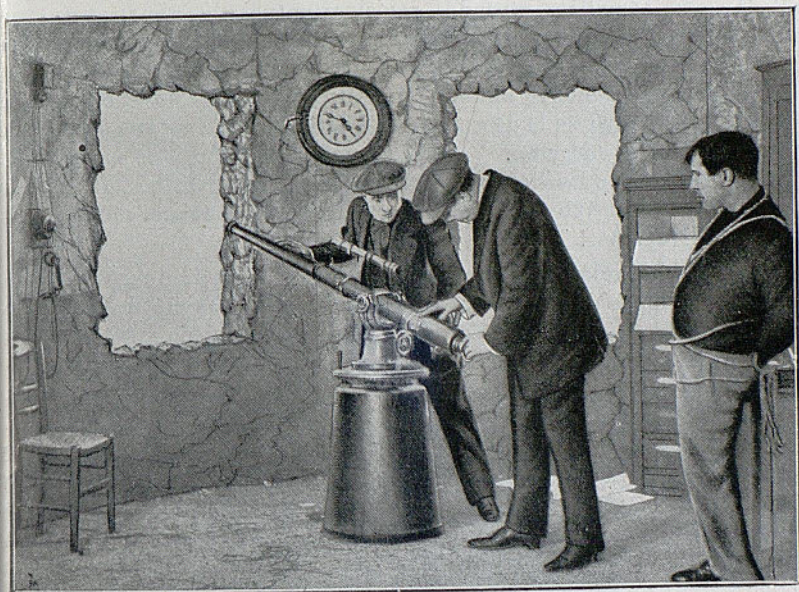
Andrés se precipitó como un loco en busca de Manrique, le explicó en cuatro palabras lo que sucedía y junto con él se lanzó en automóvil, a toda marcha, en dirección a la torre.

He aquí lo que había sucedido.

Hermann y su cómplice llegaron al lugar de las experiencias, torreón desmantelado situado en medio de una planicie desnuda de vegetación. El hombre que lo guardaba se opuso a su paso. Los dos hombres se precipitaron sobre él revólver en mano, lo maniataron y subieron con él a la plataforma superior del torreón, en donde se hallaba sobre su cureña cónica, el nuevo cañón.

L. Gaumont

El guardián fue interrogado. Ignoraba la maniobra del cañón. Las amenazas así como las promesas se estrellaron contra su obstinación. Los dos hombres, persuadidos de que nada conseguirían, lo dejaron y se inclinaron sobre la pieza para estudiar su mecanismo. Este, complicado y dis-



Los dos cómplices, presintiendo algo terrible, rebuscaron en un casillero..

tinto de cuantos conocían guardaba celosamente su secreto y sus esfuerzos por descubrirlo resultaron baldíos. No abandonaron por eso la partida. Cojieron un obús, lo examinaron cuidadosamente y después de introducirlo en la culata cerraron el obturador. Entonces se produjo un hecho singular. El cañón abocado contra un terreno deshabitado se puso a mover sobre su eje horizontalmente y después de describir un ángulo de 90° se detuvo quedando abocado contra la gran metrópoli.

Los dos cómplices, presintiendo algo terrible, rebuscaron en un casillero que había junto al cañón. Entre los papeles escritos encontraron uno, cuya lectura les llenó de terror.

Decía:

El cañón se halla en la actualidad ajustado para obtener automáticamente la expulsión del proyectil 30 minutos después del disparo, en una dirección dada. No se descargue el cañón una vez

L. Gaumont

iniciado el movimiento de rotación, pues ello podría hacer estallar la pieza. Para detener este movimiento, véase «Instrucciones Generales» en la casilla A del clasificador.

Y la casilla A estaba vacía!

Los dos cómplices, alocados, registraron todos los armarios, relevaron una a una las hojas dispersas... Y en tanto las agujas corrían veloces y apresuraban el instante trágico.

Ya solo faltaban 15 minutos. Si antes de finalizar este tiempo no se desviaba el cañón o se le descargaba, el obús caería en París sembrando la destrucción y la muerte...

Hermann con las sienes humedecidas de sudor helado telefoneó a la fábrica. Y así que hubo terminado arrastró a su cómplice, diciéndole:— Huyamos! Huyamos!

Mas el guardián que había aprovechado el espanto y confusión de ambos para aflojar sus ligaduras se alzó ante ellos impidiéndoles el paso. Habíase apoderado del revólver que Warner había dejado sobre una mesa y asestándolo contra ellos exclamó, vibrante:

—Atrás! miserables! No saldréis de aquí... O el proyectil cae en París, y os levanto la tapa de los sesos... O estalla aquí y saltamos juntos!

Los dos hombres, temblando de todos sus miembros, obedecieron y permanecieron inmóviles, con la vista fija en la esfera del reloj, con los ojos agrandados por el terror asistiendo al avance inexorable de las agujas.

Solo turbaba el trágico silencio de la estancia el sordo rechinar de los engranajes del cañón, cerca ya del término de su fatal evolución.

En el automóvil, lanzado a toda velocidad por pírta mano, preguntábanse ansiosos, Manrique y Frias, si podrían llegar a tiempo.

Por fin el coche se detuvo al pie del torreón. Los dos hombres se precipitaron escaleras arriba. Llegaron a tiempo. Solo faltaban 20 segundos!

Andrés se abalanzó a la pieza, cambió la marcha, inicióse rápido el movimiento de retroceso y así llegó el cañón a su posición primera, salió el tiro.

La deflagración fué espantosa, y cuando el humo se hubo disipado, pudo verse cuan terrible devastación había hecho el disparo en el campo de experiencias...

Hermann viéndose perdido se apoderó del revólver e intentó hacerse justicia; pero Manrique que lo observaba intervino a tiempo y le desarmó. Comprendiendo entonces que Frias triunfaba y que su alma generosa perdonaría acercóse a la mesa, escribió algunas palabras en un papel y tendió éste a Manrique.

L. Gaumont

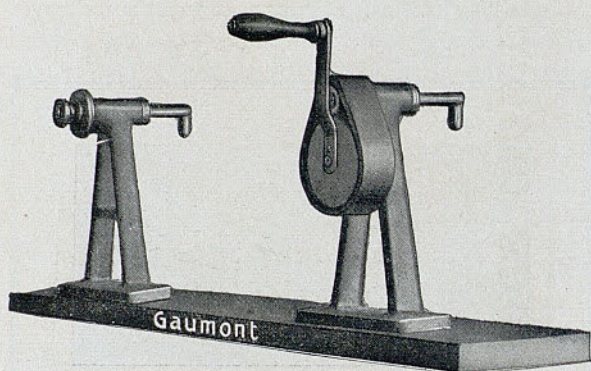
*Tengo el honor de comunicar a la Sta. Mado Orel que renuncio en favor suyo a mi comandita. Que me perdone y olvide.—
Hermann.*

Andrés se casó con Mado: la fábrica prosperó y tomó un impulso extraordinario y a ello contribuyó en gran medida el invento maravilloso que estuvo a punto de dar un día de luto a la gran metrópoli.

Un precioso querubín fue fruto de esta unión dichosa, y el primer juguete que sus manos regordetas tuvieron fué un cañón diminuto hecho pieza por pieza por Juan el torrero, en cuya memoria conservábase indeleble, a pesar del mucho tiempo transcurrido, el recuerdo de la trágica jornada.



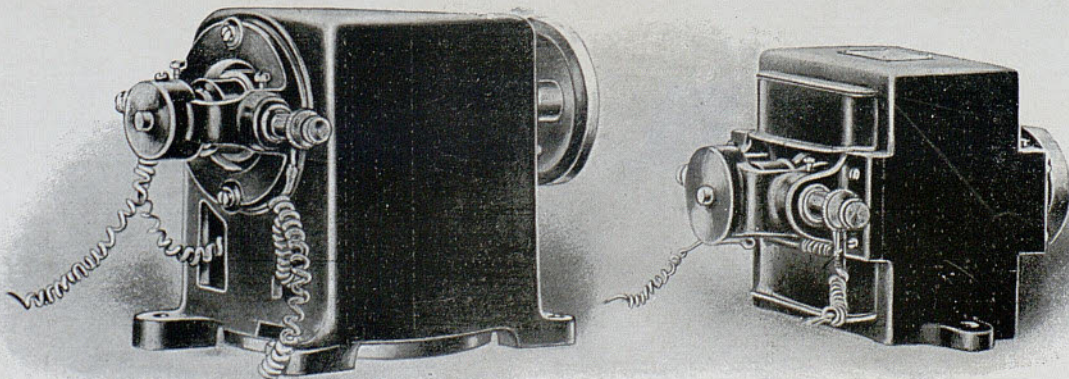
El bobinador
más práctico
es sin duda alguna



El Bobinador Doble
TIPO
Gaumont

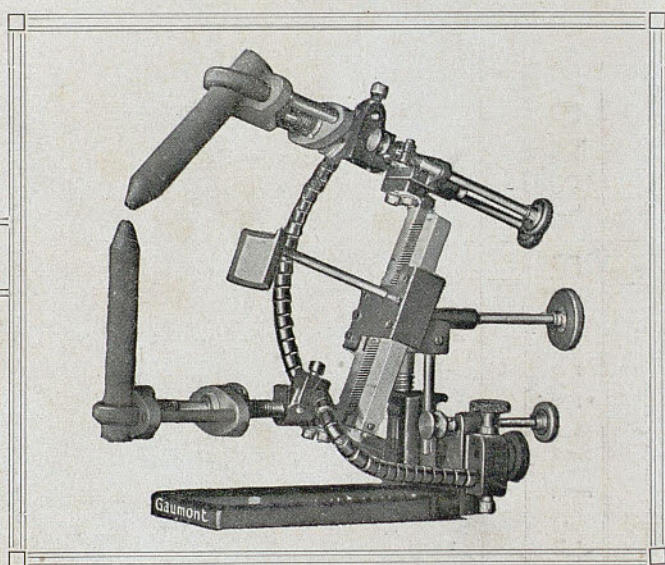
Dinamos Tipo A y Tipo B

para instalaciones cinematográficas



Pídase el material eléctrico de precisión GAUMONT

Para trabajar a 100 ampéres
con corriente alterna
pida el nuevo arco



Gaumont